

Nos damos cuenta de que el progreso *general* depende de un número de factores que no varían de consuno necesariamente, ni se mueven tampoco en la misma dirección.

En resumen, aunque es posible establecer un criterio racional, o criterios racionales, del progreso humano, no es posible hoy día formular ninguna teoría general del progreso examinando la historia del hombre. En nuestra presente situación, el determinismo que antiguamente era inseparable del optimismo se ha convertido en el aliado del pesimismo. No debemos, pues, basar nuestras esperanzas en el progreso que pueda conseguirse por el movimiento inexorable de una ley histórica, sino en nosotros, en nuestros hijos y en los hijos de nuestros hijos, que haremos mejor o peor el mundo según la buena voluntad, el entusiasmo y la ciencia con que nos enfrentemos a las tareas del presente y del futuro.—SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO.

CAIN (Stanley A.): *Food and People; A Second Look at Malthus' Principle of Population*, en «The Journal of Politics», volumen XIII, núm. 3, agosto, 1951.

La tesis malthusiana de crecimiento geométrico de la población y de crecimiento aritmético de las subsistencias, un día rechazada en casi su integridad al sentarse que Malthus había subestimado —lo que evidentemente es cierto— las mejoras y adelantos técnicos en los métodos de producción de bienes, ha vuelto a reaparecer cuando se descubrió que también había habido una subestimación de los posibles progresos de la medicina en la reducción de las muertes precoces y, consiguientemente, en la ampliación del período medio de la vida humana.

Hoy parece efectivamente cierto que, según Malthus predijera, el mundo es capaz de duplicar su población en veinticinco años. El problema es, por tanto, y esta es a la vez la tesis del artículo, el de incrementar las subsistencias mediante la ayuda técnica a los países poco desarrollados económicamente y el de concebir un mejor sistema de distribución internacional de la riqueza que permita un día dar por resueltas cuestiones absurdas en su generalidad,

como el formidable espectro que siempre se cierne sobre la economía de los Estados Unidos, del hundimiento de los precios agrícolas por la superproducción de artículos alimenticios que, irónicamente, ha de combatirse hoy mediante la restricción de las áreas cultivables.—M. ALONSO OLEA.

BIRNBAUM (N.): *Conflicting interpretations of the rise of Capitalism: Marx and Weber*, en «The British Journal of Sociology», vol. IV, número 2, junio 1953 (págs. 125-141).

Marx y Weber, cronológicamente separados por menos de medio siglo, se ocuparon de la fundación de la ideología, como variable independiente, en la evolución social. El primero, sobre todo, en el famoso capítulo XXIV de *El Capital*, publicado en 1867; el segundo, en 1904, fecha de la aparición de *La Ética Protestante y el espíritu del Capitalismo*, que fué el primero de una serie de estudios suyos sobre las relaciones de la ideología religiosa con la evolución social, publicados en *Religionssoziologie* y resumidos posteriormente en el capítulo final de su *Historia Económica General*.

Ambos, Marx y Weber, fueron muy influidos por la tendencia historicista del pensamiento social alemán que, culminada con Hegel, sostenía que la existencia social es un proceso y que cada época histórica y cada estructura social es única y debe entenderse mediante leyes referidas exclusivamente a ella. Ambos también, cada uno a su modo, rompieron con estos postulados. Marx rechazó la interpretación predominantemente idealista que hacía el historicismo del contenido del proceso social, asegurando que los acontecimientos decisivos se producían en el reino de las relaciones sociales y no en el plano de la evolución de las ideas, y asimismo la unicidad total de las épocas históricas y de las estructuras sociales. No obstante, conservó el sentido historicista de proceso y transformación. Weber, especialmente en *Wirtschaft und Gesellschaft*, intentó formular algunas categorías generales aplicables a todas las épocas históricas, pero su agudo sentido del contraste histórico procedía de su raigambre historicista. Gran parte de la obra de Weber no fué sino pues-

ta a prueba y modificación de la teoría de Marx.

El fenómeno que Marx y Weber quisieron explicar fué el desarrollo, único en la perspectiva histórica mundial, de un sistema económico de Europa Occidental en que se combinaban los siguientes atributos: la concentración de los medios de producción en manos de una porción relativamente pequeña de la población; una masa ingente de trabajadores formalmente libres que vendían sus servicios en el mercado; un nuevo sistema de valores sociales que persigue el aumento de eficacia de los medios de producción mediante la implacable aplicación de los cánones de la racionalidad, y el lucro ilimitado como objetivo final de la conducta económica. Los dos pensadores coincidieron en la unicidad de la nueva estructura económica y en que no podía ser tratada simplemente como tal, sino que implicaba un nuevo tipo de sociedad. Juntamente sostuvieron que los nuevos valores sociales de la actividad económica capitalista no eran «naturales», sino precipitados del desarrollo histórico.

Weber recalcó la distinción entre los valores sociales tradicionales y racionales, al pintar el agudo contraste existente entre el feudalismo y el capitalismo, pero, aunque la racionalidad sea un punto clave en el análisis weberiano, Marx no la ignoró.

En resumen, Marx y Weber coincidieron en las características culturales de la sociedad capitalista. Difieron, eso sí, en su explicación.

Cuando Marx, al final de su vida, dijo que no era marxista, mostró bien a las claras su repudiación del uso mecánico que sus seguidores hacían de sus teorías, sin especificar las variables que él había introducido en el análisis sociológico. Marx no fué un determinista económico, en el sentido de que pensara que los motivos económicos eran exclusivamente los decisivos en la acción social de los individuos. Es, en verdad, crucial al comparar a este respecto a Marx y a Weber señalar que Marx dejó tal motivación relativamente sin analizar. Debe recordarse que él utilizó el término materialismo en un contexto polémico, deseando derrocar la noción hegeliana de que las ideas, en forma de «espíritu», fueran los factores esenciales de la Historia.

Toda sociedad, según la sociología

de Marx, tiene un conjunto de instituciones económicas, un sistema de relaciones sociales, que proviene de las funciones que desempeña en el ciclo de producción, distribución y utilización de bienes. Amplios estratos de la población se agrupan de acuerdo a sus semejanzas económicas. Las situaciones dictadas por el sistema económico no sólo determinan las diferencias de *status*, sino también las diferencias en el poder político. El modo de entender el funcionamiento de una sociedad es tratar a sus instituciones económicas como la variable clave. Los procesos más importantes del cambio histórico son inconcebibles sin una base material que acarree un cambio en las instituciones económicas.

No pocas veces los intereses de clase dirigen inmediatamente la acción social, pero, acaso más corrientemente, determinan la acción de una manera indirecta y se hacen eficaces a través de una ideología que es una racionalización elaborada de un conjunto de intereses de clase. Marx, para explicar los fenómenos consensuales de tipo interclasista, afirmó que la clase que controlara los medios de producción podría, y de hecho lo haría, imponer su ideología al resto de la sociedad. Lo que no explicó fué cómo la posición clasista engendra la ideología. Parecía implicar que se hacía mecánica y automáticamente. Weber procuró llenar esta laguna del marxismo, ya que Marx ni siquiera tocó un problema que para Weber era fundamental. ¿Qué valores son capaces de producir modelos de conducta social? En realidad, la teoría marxista de la primacía de la posición clasista en la determinación de la conducta social descansaba en unas supuestas producción mecánica de valores y completa plasticidad psicológica.

Weber nunca ofrece una exposición completa de su sociología, pero en su obra son bien visibles los elementos de una teoría general. Su análisis de la tipología de las estructuras de autoridad política aclaraba que los valores políticos sólo pueden separarse de los demás valores de una sociedad con gran artificialidad. Porque Weber entendía que la conducta social es de una pieza. Una sociedad tradicionalista en las relaciones sociales no posee normalmente una estructura racional-legal de autoridad. El sistema de valores de una sociedad limita las posibilidades de varia-

ción institucional dentro de ella. Weber, sin embargo, no consideraba a la sociedad como una emanación de los valores. Rechazaba tanto la interpretación unilateral idealista de la Historia, como la interpretación unilateral materialista. En su análisis de la estratificación y de los fenómenos con ella relacionados, sostuvo que las instituciones económicas no eran las únicas variables críticas relevantes. Dentro de ello, sin embargo, no ignoró los efectos de los sistemas clasistas sobre la ideología y los valores. Claramente, su interpretación del fenómeno religioso lo identifica con una ideología de clase, pero aclaró lo que Marx dejó implícito. Afirmó que la Religión respondía a que los hombres necesitaban una justificación coherente para sus situaciones vitales. Negó que las ideas fueran simples «reflejos» de una posición de clase o que los intereses de clase pudieran entenderse separados de una concepción clasista de estos mismos intereses, su ideología y sus valores. E insistió en que las ideas pueden ejercer, juntamente con otros factores, influencia independiente sobre el curso del desarrollo histórico.

Al ocuparse del nacimiento del capitalismo inglés, Marx recalcó el papel de la fuerza. Weber, menos que nadie, podía infraestimar la justeza de esta observación. Más bien lo que hizo fué considerar si era una explicación *suficiente*. La racionalización de la vida económica que Marx atribuía a las «deyes inmanentes del desarrollo del capitalismo» es precisamente lo que Weber buscó explicar a la luz de una perspectiva sociológica más amplia, consciente de que lo que Marx consideraba como forjado inextricablemente podía, en otros ámbitos históricos, formarse de modo diferente.

Weber reconoció que si bien el crecimiento de la población y la corriente de metales preciosos tuvieron honda influencia en el nacimiento del capitalismo, ello fué sólo hasta donde lo permitió el sistema existente de relaciones del trabajo. No hay que olvidar que, para él, el capitalismo significa algo muy específico: la transformación del trabajo formalmente libre en trabajo metódico, racional y disciplinado. El método comparativo, equivalente en la sociología al experimental en las demás ciencias, permitió a Weber hacer una estimación de los efectos relativos

de los factores materiales e ideológicos en el nacimiento del capitalismo, no sólo en Occidente, en contraste con otras sociedades, sino también entre los segmentos católico, luterano y calvinista de la sociedad europea. La historia social de Inglaterra y el papel económico de los puritanos en los siglos XVI y XVII proporcionan la evidencia europea del cometido de las ideas religiosas en el desarrollo histórico.

Weber aclaró dos cosas respecto al calvinismo. Sus valores santificaban la actividad capitalista, proporcionando una ideología que incitaba a los puritanos a un incansable afán de lucro y, asimismo, les impulsaba a organizarse como personalidades para funcionar de modo metódico e insensible. Insertando, pues, una variable ideológica y psicológica en el análisis histórico, Weber mostró que la explicación de las variables implícitas relativamente en el análisis marxista puede alterar las conclusiones a que llegaba el análisis, sin alterar esencialmente los hechos que consideraba.

En resumen, Weber utilizó a Marx no aceptando sus hipótesis, sino poniéndolas a prueba y enmendándolas. Patentizó lo que Marx dejó implícito: las funciones psicológicas de los sistemas de creencias. Ello le hizo posible descubrir que la ideología no deriva automáticamente de la posición social, sino que es, más bien, un medio de interpretar tal posición. Una función posible de la ideología, bajo este punto de vista, es la de marcar la ruta al cambio social.—SALUSTIANO DEL CAMPO.

LE BRAS (Gabriel): *Pour une sociologie historique du catholicisme en France*, en «Cahiers Internationaux de Sociologie», París, enero-junio 1954.

Este autor está especializado en los trabajos de sociología religiosa, especialmente referidos al medio francés, y sus libros, muy difundidos, gozan de verdadera autoridad científica. En el detallado estudio sobre la sociología del catolicismo francés, que ahora nos ocupa, sienta en realidad M. Le Bras las bases de lo que esperamos que pronto venga a ser un nuevo libro esclarecedor de primera importancia.

Parte el análisis de M. Le Bras del